

JACINTO BENAVENTE

El dragón de fuego

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO,
DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS



ACERVO D LITERATURA

113762

MÉXICO
J. BALLESCÁ Y C.^ª SRES.
1910

BARCELONA
E. DOMENECH, EDITOR
1910

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
1525 MONTERREY, NUEVO LEÓN

31697

PQ 6603

.E 6

D. 7

Á MODO DE PRÓLOGO

ES PROPIEDAD

En un estudio publicado en la malograda revista *Helios*, escribía en 1903 Pedro González Blanco:

«Uno de los escritores dramáticos que poseen más armonía, más encanto, es Jacinto Benavente. Hay en cada personaje que busca, en cada carácter que descubre, en cada ser humano que saca á escena, una fuerte saturación de vida intensa y ese *heroísmo trasplantado* del arte que está, según Hegel, «más alto que la naturaleza, con toda la distancia que separa á la naturaleza del espíritu». Demasiado conocedor del oficio para equivocarse sobre el alcance de una obra, pone á su imaginación el freno de su genio lógico y doloroso, y sabe, ante todo, conservar la sencillez de las cosas naturales y una elegancia de pensamiento y de expresión que le es peculiar.

Ha sido el más feliz de los innovadores en el teatro español contemporáneo. Descubrió con una ingeniosidad extraña, acciones artificiales que nacían, al parecer de múltiples

prejuicios, hasta tal punto, que todo su teatro—y en esto concuerdan Benavente é Ibsen—no es sino una serie de ensayos encaminados á inquirir cómo y en qué medida podemos conformar nuestra vida social con nuestra vida interior. Nadie como él ha dicho cosas tan justas sobre criaturas tan falsas, y sus obras abren á los psicólogos el campo inexplorado de un teatro más humano, más complejo, acaso menos entretenido—al modo con que el vulgo interpreta esta palabra—pero mucho más artístico, mucho más real.»

II

«En las obras de ese fecundo y notable dramaturgo—dice Gómez de Baquero—hallamos una aguda y clarividente sátira de las costumbres urbanas, cuadros de la vida de la sociedad aristocrática y de la burguesía rica y encumbrada, costumbres de la farándula, de la alta bohemia cosmopolita... dramas exóticos, como *EL DRAGÓN DE FUEGO*, piezas históricas.»

La fecundidad y lozania del ingenio de Jacinto Benavente decláranle insigne compañero de Lope y Tirso; tras siglo y medio de imitaciones pálidas de clasicismos y romanticismos franceses, en que no se produce más allá de una docena de obras decisivas, surge abundantísimo en prodigios ese brillante taumaturgo de nuestras tablas, devolviendo al teatro español la espontaneidad, la riqueza, la alegre abundancia y la fogosa personalidad.

Cierto que Benavente se ha aprovechado de exquisitos progresos de todas las literaturas contemporáneas: del sutil diálogo de los

Donnay, Lavedan, Hermant; de la fantasía de un Oscar Wilde, del sentido poemático de ciertas creaciones germánicas, y aun de la vigorosa técnica ibseniana. Pero todas estas asimilaciones, lo mismo que las resultantes del trato cotidiano con Shakespeare y Moliere (que tan admirablemente adaptó á nuestro teatro) fúndense en el crisol de su fantasía, sabio en las más estupendas alquimias. De aquí que su obra resulte siempre sentida, viviente, personal, y, á nuestro entender, muy castiza, á pesar de cuanto hayan dicho en contrario ciertos pedantes de villorrio.

Gómez de Baquero ha dicho, hablando del estilo de Benavente:

«Creo que ahora se escribe en España bastante mejor que hace treinta años. Pero el afán de ser estilista á fuerza de cuidado y de lima echa á perder á muchos estilistas, cuya prosa, de puro relamida y perfecta, nos empalaga. Se adivina al autor mirándose en ella lleno de satisfacción como en un espejo. Benavente no es de esos; dice sencilla y concretamente las cosas, y como tiene cosas que decir, cosas ingeniosas, profundas y poéticas, no necesita retorcér ni alquitarar la frase.

Ese es el secreto del escritor: tener cosas que decir: el estilo le será dado de añadidura.»

III

Sigue diciendo González Blanco:

«Benavente es un dramaturgo que se entrega á sus *argumentos* apasionadamente, poniendo en ellos la experiencia de su sensibilidad y algo de lo permanente de su corazón. El arte para un alma delicada, puede llegar á ser una cosa temible. Los incansables ataques de que es objeto el pensamiento, hacen del escritor un escéptico ávido de perfección, es decir, de verdad. La lenta y misteriosa tortura de las ideas que nacen límpidas y que de pronto se desvanecen; de las palabras que nos cantan al oído con ritmo vibrante y de repente pierden todo su encanto; de las imágenes que nos deslumbran y súbito se borran, todo eso, á más del triste desencanto de las horas estériles, son tormentos que agostan no pocas veces la inspiración. De un amor puramente pasajero, transitorio y no apreciado como á tal, sólo queda un recuerdo que nos hace sonreír; de un amor profundo queda una herida que, aun después de cicatrizada, no

desaparece; basta evocarlo un instante, por corto que sea, para que el pasado resucite y el presente se conmueva dolorosamente. Así ama el autor de *Sacrificios* sus asuntos. Conoce las seducciones fáciles y adivina fácilmente los resortes que le aseguran su posesión.

El teatro, se decía antes, es la representación de acciones y de grandes ideas que se adoptan. La vida es una sucesión de actos, de pequeñas acciones, muchas veces poco dramáticas, pero que determinan crisis violentas en los individuos. Es infinitamente más artístico hacer interesantes los hechos simples que tienen por móviles inmensos sufrimientos, que trazar á grandes rasgos la historia de acciones casi gigantescas llevadas á cabo por personajes casi inverosímiles. He aquí una de las grandes novedades del teatro de Benavente: el estudio del alma hecho por el alma. Menos interesante que los personajes es el argumento de las obras. Así comprendido el teatro requiere un estudio perfecto y original. Antes el diálogo parecía ser un medio. La última palabra de la frase llamaba á otra frase. A preguntas indirectas respondían contestaciones precisas, y el pensamiento del autor, imponiéndose al de los personajes, daba al lenguaje un cierto aspecto de convencionalismo. En las obras de Benavente, por el contrario, las réplicas se suceden precisas, ligeras. Tal personaje no dice esto para que se le respon-

da aquello; sigue con su idea fija interesándose en la conversación general y el diálogo adquiere una brillantez sorprendente, una seducción arrebatadora. Nada tan admirable como la armonía que preside á la formación del estilo y á la de **MONTEERREY, Ms. L.** obras de algunos autores modernos, Benavente entre ellos, á quienes á diario se les imputa conocimiento escaso de los clásicos.

Con todo, el insigne Gómez de Baquero ensalza los personajes de Benavente, y halla en las tesis contradictorias de su arte garantías indefectibles de sinceridad.

Dice así:

«Su diferencia de moral y de pensamiento corresponde á la diferencia de medio y de condición de los personajes. Es un rasgo de objetivismo. Benavente está presente, sin duda, en todas sus obras. A todas asoma su espíritu sarcástico de crítico de costumbres, suavizado por un impulso sentimental que á veces hace humana y compasiva la ironía; velado en ocasiones por una neblina de ensueño y de estetismo, de religión del gusto y de la belleza, que dulcifica la violencia de los gestos humanos. No hay autor que se eclipse en un objetivismo absoluto. Pero Benavente es también un gran observador, un intérprete sagaz de la realidad, principalmente de la realidad psíquica. Por eso ha podido dar vida á tal variedad de tipos.»



Así concluye González Blanco:

• Benavente es un teórico recalcitrante. Su filosofía—sin metafísica, lógica ni moral, pero repleta de observaciones psicológicas—es enemiga del cartesianismo, y de buen grado concedería alma á los brutos y llamaría autómatas á los hombres. Inspirada por la ironía, ríe con soltura y se enternece con gracia, soportando tan sólo el bagaje ideológico de un hombre de esta época que repugnanse las ideas profundas por miedo al pedantismo, y sobre todo á la fatiga.

.....
• Todo lo que ha sido criado obedece á una ley de sufrimiento y de necesidad. Mas cuando el bien redobla sus esfuerzos, el mal desaparece. No hay que olvidar que el bien es la única flor del espíritu. Benavente hace sobre este tema en sus obras observaciones singularmente lúcidas, pénétrantes, agudas, expresadas con excepcional perspicacia en un tono de *humour* acre, trasvertiendo eso que llama Lemaitre el espíritu *chatnoiresque*,

en un estilo que nada tiene de común con la jerga abstracta empleada por los filósofos.

En las obras de Benavente están implícitas ideas que pueden leerse en Schopenhauer. «Nunca hay un fin verdadero; nunca una satisfacción final; en ninguna parte una mansión de reposo.»

PERSONAJES

DANI-SAR. rey del Nirván
 MAMNI. su esposa
 SITA.
 KORA
 NADI.
 MAD. MORIS.
 MAD. FRANCIS.
 MAD. ESTEVENS.
 EL PRÍNCIPE DURANÍ.
 JHANSI.
 NAGPUR.
 DAULÁ.
 EL GENERAL duque de Ford
 EL CORONEL ESTEVENS .
 EL CAPITÁN LAKE.
 EL CAPITÁN FRANCIS.
 MR. MORIS.
 MR. COTTON.
 EL PASTOR EVANGÉLICO.
 KIRKI.
 DHULIP.
 MAITRE D'HOTEL.
 UN REPORTER.
 SOLDADO PRIMERO.
 SOLDADO SEGUNDO.
 SOLDADO TERCERO.
 SOLDADO CUARTO.
 NIRVANÉS PRIMERO.
 NIRVANÉS SEGUNDO.
 NIRVANÉS TERCERO.

SOLDADOS DEL NIRVÁN Y DE SILANDIA,
 ESCLAVOS, GENTE DEL PUEBLO,
 SACERDOTES, MÚSICOS, ETC.